

TRES, CUATRO. EL SUJETO DEL SÍNTOMA⁽¹⁾

THREE, FOUR, THE SUBJECT OF THE SYMPTOM



FABRIZIA DI STEFANO: Filósofa transexual italiana estudiosa de Lacan, se dedica hace años a indagar temas y cuestiones ligadas a la subjetividad contemporánea. Ha colaborado con *Il manifestò, quotidiano comunista* y ha curado junto a M. Ciampoa la antología sobre el sobre El fin de la historia: Bataille, Kojève y otros, para Liguori (1985). Publico además el libro *Il corpo senza qualità. Arcipelago queer*, Cronopio (2010) y numerosos artículos en revistas especializadas.

Resumen: En este artículo la autora se interroga sobre la posibilidad de pensar el terreno de la sexuación desde la multiplicidad *queer*, en la perspectiva del síntoma concebido como *a-norma*. Distinguiendo el sujeto y la subjetividad, su apuesta será que lo *queer* no se reduzca a la sola inversión del orden sexual vigente que lo atrapa en una dinámica de procesos privados de desidentificación y reforzamientos públicos de las identidades.

Palabras clave: Identificaciones/Identities – *Queer* – Síntoma – Cuarto – *A-norma*

Abstract: In this article, the author wonders about the possibility of thinking the terrain of sexualization considering the *queer* multiplicity from the perspective of the symptom as a non-norm. By distinguishing the subject from the subjectivity, she will intend not to circumscribe the *queer* to the mere inversion of the current sexual order which caught it in a dynamics of private deidentification processes and public identity reinforcement.

Key words: Identifications/Identities – *Queer* – Symptom – Fourth – Non-Norm

Creo, de allí mi interés personal por la subjetividad pos-identitaria y por lo *queer* en particular, que sea necesario partir del síntoma, con todo lo que pueda tener de *fantasmal* (para retomar un término usado por Georges Didi-Huberman) que suele entrar en juego en su singular representación. El punto de *repère* (referencia) del síntoma no es otro que lo imaginario. Pero no lo imaginario como imaginación, proyección ideal, fantasía anticipadora, sino el *hic et nuc* puesto en juego por la materialidad ambigua del síntoma en su capacidad de “hacer relación” más allá del rol jugado por el falo en la castración. El fantasma, o mejor, la fantasmalidad, en esta acepción, no será el error perspectivo-visual del sujeto, su caída en

lo compacto de una ideología o de una utopía identitaria, sino el *status ex quo* del sujeto, su presente materialidad histórica. No pudiendo ser el cuerpo -por sí solo- el *concretum* que define esta materialidad, so pena de recaer en lo fantástico identitario, se necesita pensar el cuerpo como atravesado y lacanianamente hendido por la palabra y por el síntoma. Por eso he buscado recorrer hilos y trazos de una posible trascendencia del significante, que mutaría también el estatuto del cuerpo. Si es así, -si es posible- gozar del cuerpo más allá del falo, goce de una contingencia posible de lo femenino, si se puede hipotetizar un goce del deseo, entonces habrá una *chance* para lo *hetero*. Cuerpo y palabra -palabra del cuerpo y



el cuerpo de la palabra- que atraviesan al síntoma en su dualidad, dejan un residuo que permanece en su interior, entre las sobrevivencias del pasado identitario y el presente, recolocan aquellas sobrevivencias dentro de un escenario inédito.

Creo que al final, en su recorrido atormentado, sea esto lo que Lacan ha buscado transmitir con el discurso borromeo, en particular en lo relativo a la figuración del cuarto. Sin el cuarto como síntoma subjetivo que permita el sostén del sujeto, la disolución irreversible de la estructura trinitaria se afirmaría en dirección de aquella locura de la época que lleva al cumplimiento de la tragedia de un Uno incesantemente retornante.

No se puede más que confiar al síntoma, suponiendo que exista, por su pregunta alguna posible respuesta. Respuesta que no se obtendrá (no vendrá) del Otro. No que el Otro sea inexistente, como piensa Deleuze. El Otro es sobre todo inconsistente: ex-siste en lo simbólico, pero no consiste, no es mediable en representaciones, no produce *repères* (referencias). El resto es solo corolario de esta inconsistencia de la que podría pensarse alguna cosa que sea del orden de una trascendencia del significante. Y también por esto es posible pensar, sobre el terreno de la sexuación examinada desde la multiplicidad queer, una *a-norma* que tenga una densidad sustantiva, que no sea la inversión o se toma por la verdad en segundo grado de la norma establecida.

Queda por entender que razones dan cuenta de estos procesos en la subjetividad contemporánea, desde la pulsionalidad hasta la desidentificación que lejos de representar un accidente en el recorrido de la vía maestra de la maduración sexual, acompañan de modo creciente la rigidización de un sistema simbólico hecho de valores, de modalidades expresivas, de posiciones sociales. ¿Qué se piensa, qué cosa se mueve detrás de una estructura que se declina entre desidentificaciones privadas y reforzamientos públicos de la identidad?, ¿entre identidades mudas e identitarismos (sexuales, étnicos, profesionales) ruidosos?, ¿cómo es que deviene sistema semejante movimiento contradictorio? Aquello que se piensa es algo diverso – me parece – de la armónica anfibología que Kant instituye entre vicio y virtud. Entre la pulsión de muerte que sobreentiende a las desidentificaciones y la identidad como muerte, muerte mediada, siempre anticipada en su carácter simbólico, ¿qué se articula?, ¿cómo se abren a

la experiencia, a la posibilidad, a la vida del sujeto? Tal vez hemos tomado demasiado fácilmente por bueno, un epígrafe considerado como definitivo, el nietzscheano “Dios ha muerto”. Al que de forma pesimista Lacan replica: “Dios es inconsciente”, parte de aquel real lleno de agujeros, grietas, y fisuras en el que sin embargo “no falta nada” y que insistentemente reproduce el Uno. Tal vez detrás del nudo del pensamiento, complejo y aparentemente irresoluble, entre desidentificación e identidad, está siempre la propia vía a la inmortalidad lo que es perseguido por el sujeto en modo paradójico. En esta vía a la inmortalidad no puede sino pasar por el desafío pleno de la pulsión de muerte dentro de las determinaciones subjetivas. Es aquello que adviene, y ya ha avenido en la homología del psiquismo individual y colectivo, que está abriendo un escenario de guerra. La guerra, en sentido metafísico, adviene cuando el malentendido, estructura paradójica de la comunicación del humano, viene silenciado por una insurgencia fálica de lo real. Estamos por lo tanto ya en guerra.

Sobre un camino tan estrecho, dentro de un perímetro de angustiantes determinaciones, abrir a la reflexión y a la práctica una posibilidad diferente, exigiría una particular agilidad: y partiría de aquí una verdadera desmarcación, una *palabra* diferente del sujeto.

Medir la imposibilidad en el corazón de la experiencia subjetiva no equivale no obstante a la sanción de un final de partida. Al contrario, y a confirmar, solo la asunción de lo mortal dentro del horizonte del sujeto podría consentir en tal medida y desplegar una modalidad diversa de la experiencia. Pero lo mortal es lo que no está a disposición de las representaciones del sujeto; el sujeto no podría acceder a su dimensión por la vía de la representación y de la trascendencia, que son una subespecie de lo religioso. Si la muerte cumplida es concebible como elemento, incluso si es siempre más ignorado y evadido de la humana mediación, no es así para lo mortal. Pero en última instancia una política de la contingencia es pensable y pasible de significación solo en la renuncia a lo inmortal mismo.

Atrapado entre la doble sobredeterminación de la causalidad psíquica y la neuronal, la interrogación del sujeto se vuelve sobre una línea de fuga de la conformidad, donde es todavía pensable la experiencia de la libertad, la experiencia *sans*



phrase, fuera de la iteración de una concatenación causal. De aquí la interrogación se redobla: filosóficamente devuelta al yo *pesante-pensante* (pesado-pensante) de Descartes/Lacan, políticamente al *nosotros* de la subjetividad política que desmiente y ratifica aquella del yo para desplazarnos la certeza, rediseñar los contornos, para ganarla como decía Nietzsche, incluso a costa de volver para atrás.

Estas dimensiones del arte de hacer -proyectar la propia vida, hacer experiencia e indagar, tocar el futuro aleatorio e irrevocable del lazo social- parecen ahora expropiadas por el comunismo capitalista que sutura el advenir en el presente eternizado del *final de la historia*.

Si la experiencia transexual incide con sus interrogantes este cuerpo de reflexiones, si inquieta, es solo porque es una huella débil e incierta de lo mortal en la experiencia del sujeto.

¿Puede decir algo específico esta experiencia respecto a cuanto se ha articulado relativamente al fenómeno y a la teoría *queer*? ¿Puede el *queer* devenir un área discursiva en movimiento, capaz de producir nuevas diferencias (lo que significaría no eludir y no diluir el escollo de la identidad) antes que ser la promoción eufórico-fusional de lo indiferenciado? ¿Puede contribuir sobre todo

a una resignificación de las diferencias en las experiencias subjetivas? Creo que esto *sería* posible si se mantiene abierta la falla, la *beanza* entre sujeto y subjetividad (o procesos de subjetivación) sin sublimar, negando, subsumiendo un término en el otro. Me resulta del todo concebible que más que permanecer como nombre residual de lo disparatado que se entrega a la descomposición del orden sexual-sexuado vigente, el *queer* se abra a lo posible ya presente en un orden de significación todavía incierto, de reconstruirlo en la práctica de las comunicaciones de los sujetos involucrados. Sería ésta la posibilidad de existencia de la *a-norma* y de volver más sustantivas las diferencias.

Será necesario repensar la diferencia, pero en tanto atea, descentrada y en progreso, y más allá de la religión del dos, que tiende siempre a asumir a nuestros ojos los trazos bien conocidos del Uno. Como nombre vacío del Neutro, la diferencia registrará una flexión de ontológica pertinencia, para devenir un espacio enteramente multiplicativo de las posibilidades del sujeto, entre los sexos y dentro de los sexos. La *queer theory*, en último análisis, parte de la asunción de lo múltiple como registro de experiencia del sujeto, y no es un pequeño terreno de encuentro.

Traducción: Gabriela Rodríguez,
Romina Merlo

Nota

(1) "Tres, cuatro. El sujeto del síntoma", Cap.: *Quarto. Il soggetto che c'è, la soggettività che viene. Il corpo senza qualità. Arcipelago queer*. Ed. Cronopio, 2010. Págs. 185-188. Texto autorizado por la autora para su traducción y publicación en revista *Estrategias -Psicoanálisis para leer de otra manera-*.

